

La Hacienda – farsa trágica musical en tres actos

Argumento, libreto y música de Pompeyo Camps

Estreno: Teatro Colón, 7 de mayo 1987

Posesión agrícola llamada La Hacienda, en país y época imprecisos de Hispanoamérica postcolonial

Interior del rancho de la Madre y el Viejo. Es el atardecer. La mujer, madre del Muchacho, está concluyendo una humilde corona de novia para la Huérfana, quien ha de casarse al siguiente día con su hijo. Llega el Viejo portando un machete de la zafra. No ha visto al Muchacho en todo el día, ni entre los que cosechan la naranja, los que cargan el banano ni entre los que rebanan la caña de azúcar.

Hoy es viernes de bodas, el Viejo y la Madre evocan sus lejanas y amargas nupcias, mancilladas por la ley brutal del Hacendado. Sospechan, a la vez con terror y alegría, que la Huérfana y el Muchacho han fugado para eludir la ley del Hacendado. Pateando la puerta irrumpen los esbirros trayendo una alfombra roja e teatro, que desenrollan hasta el centro del rancho, donde otros esbirros instalan un sillón de alto respaldo. Entra el Hacendado, caminando pesadamente, y se deja caer en el sillón, ante la actitud sumisa y temerosa de la Madre y el Viejo. El Hacendado viste chaqueta y pantalón de lienzo de remoto corte militar, polainas y sombrero de paja con ancha cinta negra. Los esbirros, con anteojos oscuros, llevan indumentaria similar a la del Hacendado, pero sin polainas ni cinta en el sombrero. Armados con fusil en bandolera, cartuchera cruzándoles el pecho, se distribuyen cubriendo la salida.

El Hacendado sabe que la Huérfana y el Muchacho han fugado. Es la ley en la Hacienda que la recién casada pase la primera noche de bodas con el Hacendado. Se descuenta que ninguna rehusaría el privilegio de ser desflorada por el Hacendado. La resistencia en tal sentido es atribuida al flamante esposo, quien paga la rebeldía con la castración. Pero la Huérfana y el Muchacho han huido y la deserción del hombre se paga con muerte por desolladura en la Roca del Muerto, una gran piedra que generaciones de hombres, desde el tiempo de los adelantados, ahuecaron a semejanza de los cráneos esparcidos en el pedregal.

El Hacendado manda encadenar a la Madre en el pedregal, donde quedará expuesta a toda inclemencia hasta que regrese el Muchacho.

Amanecer en la Sierra. Allí han pasado la noche el Muchacho y la Huérfana en su huida hacia la selva. En el monte acechan el puma, en pantano y la peste pero cualquier muerte es preferible al ultraje y la reducción a la servidumbre que impone el Hacendado. El amor, únicamente es amor en libertad. Ellos están alcanzando la libertad. Llega un grupo de campesinos que pusieron en marcha desde la Hacienda, en la seguridad de que los jóvenes tomaron el camino de la montaña. Si el Muchacho no regresa y se entrega, su madre morirá de sed en el pedregal. Si regresa, será él quien morirá desollado en la Roca del Muerto. Ante las dos opciones planteadas por los campesinos, el Muchacho decide presentarse en la Hacienda. Dice que regresará por la noche a la montaña, a la hora de la luna y del amor, lejos del tirano. E muchacho y los campesinos se encaminan al valle, mientras la Huérfana queda llorando.

Sala en la casa grande de La Hacienda. Por los ventanales enrejados penetra violento reflejo solar verdeado por la vegetación. El Hacendado ocupa el sillón de alto respaldo, en el extremo de la alfombra roja. A su derecha una mesa repleta de botellas. Bebe en vaso alto, que sus concubinas mantienen siempre lleno de licores y trozos de hielo. Frente al Hacendado, el Viejo, en actitud de altiva humildad, insiste en reemplazar a su mujer en el pedregal.

El Hacendado es dios en La Hacienda y ha dispuesto que la Madre sirva de carnada. El Viejo sabe que el Muchacho no es su hijo. Es hijo del Hacendado. Luego de la boda del Viejo y la Madre, el marido se resistió a entregar la recién casada al Hacendado. Se aplicó la ley de la Hacienda: el hombre fue castrado en la Roca del Muerto, y la recién casada permaneció en la Casa Grande hasta que dio a luz al que inevitablemente debía ser varón.

Las concubinas tercián con estribillos de alabanza del Hacendado, quien, irascible, las hace callar.

El Viejo porfía que el Muchacho lo ama como si fuese su padre, porque ha sudo él, no el Hacendado, quien lo quiso de niño, y le enseñó a cosechar la naranja, cargar el banano, rebanar la caña. Le enseñó a amar los seres y las cosas, la libertad y la justicia, y que siendo el Hacendado el padre del Muchacho, no lo puede condenar a muerte porque es su hijo. Es el Viejo quien debería estar ahora en el pedregal. El Hacendado rehúsa. Dios da la vida y decide la muerte de sus hijos. El Hacendado es dios en la Hacienda: da la vida y decide la muerte.

El pedregal bajo el sol ardiente. La Madre está sujeta por las manos, con una cadena amarrada al suelo. Clama por más justicia en la Hacienda antes que por agua. Ansía que el Muchacho continúe huyendo con la Huérfana ríbo a la libertad. Llega el Muchacho. Alcanza su cantimplora con agua a la Madre. Esta trata de persuadirlo de que huya. Aparecen los esbirros. Maniatan al Muchacho y liberan a la Madre- El prisionero es llevado a culatazos.

Antes del alba, en el pedregal.

La Huérfana se desliza en las tinieblas. Súbitamente, fuertes brazos la sujetan mientras una mano le ahoga el grito. Es el grupo de campesinos levantados con el Hacendado. Se iluminan con un débil farol, y portan utensilios de labranza a guisa de armas. ¿Qué hace ella aquí, en el pedregal? Debería estar refugiada en la montaña. Cuando se serene, la liberan.

La Huérfana no esperó la noche para que regresara el Muchacho. Jamás creyó que él volvería, y bajó de la montaña para estar junto a él hasta en el muerte. Los campesinos se enteran de que el muchacho fue apresado mientras socorría a su madre. Ella está en libertad, pero todos saben que él morirá desollado en la Roca del Muerto. Al Viejo nadie lo ha visto desde que salió del casco de la Hacienda, adonde había concurrido para ofrecerse en canje con la Madre.

La primera luz del amanecer contornea la Roca del Muerto: enormes cuencas en cuya negrura se pierde la profundidad cavernosa. Delante de la Roca del Muerto, el esqueleto leñoso de un cacto seco gigante: tallos ramosos, angulares, que enderezan el cielo como brazos implorantes. Hay otros cactos y formaciones rocosas, donde se ocultan la Huérfana y el grupo de campesinos que han estado inflamando la revuelta. Van llegando campesinos y campesinas traídos y vigilados por esbirros, quienes a culatazos, los ubican en corro de espectadores. Toda la población debe asistir al

castigo ejemplar. Llega otro grupo de esbirros trayendo la alfombra roja y el sillón de alto respaldar. Desenrollan la alfombra dirigida hacia el cacto seco. En el extremo opuesto, mirando hacia la Roca del Muerto, instalan el sillón. Mientras se desarrolla esta ceremonia de paródico y grotesco protocolo, la Huérfana y el grupo de campesinos se confunden con la muchedumbre.

Llega el Hacendado, custodiado por los esbirros y precedido por sus concubinas. En medio de la protesta de campesinos y campesinas, el Hacendado proclama la sentencia que pena al que haya quebrantado la ley de la Hacienda. Es traído el Muchacho, semidesnudo. Atan sus brazos en V a uno de los grandes tallos del cacto seco y sus pies en sendas estacas. El Hacendado proclama: al Muchacho le correspondería la pena accesoria de castración por haber eludido entregar a su mujer, que es por eso que huyó de la Hacienda. Pero el Hacendado no dictará la castración de un hijo suyo, pero sí la muerte. El Hacendado es dios en la Hacienda. Las concubinas celebran con estribillo las sentencias del Hacendado.

El las manda callar. Crece la vocería de los campesinos reprimida por los esbirros. Uno de ellos, torso desnudo y cuchillo de desollar en mano corre hacia el Muchacho. Cuando se apresta a la faena, la Huérfana surge de la multitud y exclama “¡Hacendado asesino!”. Todos quedan paralizados. De una de las cuencas de la Roca del Muerto aparece corriendo el Viejo, que de un machetazo derriba al desollador, y de otros dos tajos corta las ligaduras de las muñecas del Muchacho, quien al arrojar al suelo para desatarse los pies, esquiva la descarga de fusilería que le disparan los esbirros bajo cuyas balas muere el Viejo. En manos de los campesinos relucen los machetes, hoces, guadañas, horquillas. Aprovechando la confusión, desarman y reducen a los esbirros que son absorbidos por la multitud. El Hacendado, solitario, trata de imponer orden mientras los campesinos avanzan lentamente hacia él. El Muchacho que, con la Huérfana está ante el cadáver del Viejo, resalta a los campesinos el ejemplo de amor del hombre que dio su vida por el hijo ajeno, dice que el Hacendado ha perdido todo poder sin sus esbirros y exhorta a construir el futuro. Súbitamente la Madre se abre paso entre la muchedumbre y enfrenta al Hacendado. Invoca justicia: esgrime una hoz, y dice “¡Pague el Hacendado su deuda de sangre con la Madre!” y lo degüella de un tajo. El Hacendado muere aferrado a las patas del sillón en medio de la gritería de las concubinas, que huyen aterradas al comprobar que su dios no fue más que una “bestia mortal”.

Pompeyo Camps

Fuente: Valenti Ferro, Enzo. Historia de la ópera Argentina. Buenos Aires, Gaglianone, 1997. p.187-190

Acerca de su propia poética, decía Camps en oportunidad del estreno de la obra: Despojado, por propia evolución, del inconducente afán de modernidad, procuré crear una música expresiva, sincera, lógica. Amo la ópera como género: jamás compondría una antiópera. No renuncié a la disonancia como epicentro de una armonía sin reposo, ni a la melodía como razón implícita en el canto.